La Operación *Allied Force:* ¿Otra Alarma Más para el Ejército?

Jeffrey Record

Tomado de la revista *Parameters*, número de invierno de 1999-2000.

Derechos reservados por el autor © 1999.

LA RECIENTE guerra contra Serbia subraya una realidad de la Posguerra Fría que es de mal agüero para el Ejército: el atractivo creciente de emplear exclusivamente el poder aéreo en la conducción de las intervenciones militares basadas en los valores éticos, que predomina en el programa operacional del Pentágono desde la disolución de la Unión Soviética.

Los líderes políticos estadounidenses han demostrado una aversión cada vez mayor a la posibilidad de sufrir bajas estadounidenses, incluso en la presente fuerza compuesta totalmente de voluntarios. Esto se observa especialmente en aquellas circunstancias que no implican ningún peligro claro e inmediato a los intereses vitales estratégicos de Estados Unidos. Es por ello que dichos líderes han recurrido con más frecuencia al poder aéreo, no en función de complemento "conjunto" de las fuerzas terrestres, sino como sustituto del poder terrestre. De ahí la predilección por misiles cruceros antes que aeronaves tripuladas, y éstas son preferibles a cualquier elemento desplegado en el terreno. Y de ahí la promesa del presidente Bill Clinton ante el pueblo estadounidense (y a Slobodan Milosevic) durante la Operación *Allied Force*, en el sentido de que ni se consideraba la opción de desplegar tropas estadounidenses en un combate terrestre para poner término a la campaña de depuración étnica realizada por los serbios en Kosovo.[1]

En realidad, es posible que los presidentes del futuro eviten repetir este gran error de la Operación *Allied Force*. Es más, se ha vuelto cada vez más claro que diversos factores aparte del poder áereo —más notablemente, el abandono diplomático de Serbia por parte de Rusia y la decisión de la OTAN de ablandar los términos de la resolución del conflicto— desempeñaron papeles determinantes en persuadir a Milosevic a desistir. No obstante tales consideraciones, la Operación *Allied Force* constituirá un precedente poderoso y atractivo por el uso de la fuerza.

Incluso cuando Irak desafió los intereses concretos de Estados Unidos en el Golfo Pérsico hace una década, la Operación *Desert Storm* fue concebida y conducida dando la más alta prioridad a la necesidad de minimizar las bajas. Se empleó una inmensa ofensiva aérea por espacio de casi seis semanas, previo al despliegue de fuerzas terrestres estadounidenses contra un Ejército iraquí que, al comienzo de la campaña terrestre, ya se encontraba derrotado en Kuwait. El resultado: sólo murieron 146 de los 500.000 militares estadounidenses comprometidos.

El bombardeo preparatorio no es en absoluto un concepto nuevo, y fue la misma presencia de una concentración masiva de fuerzas terrestres norteamericanas que obligó a Sadam Hussein a desplegar a sus elementos terrestres de tal forma que constituyeran buenos objetivos para los medios aéreos de la Coalición. También cabe destacar las siguientes observaciones: la Operación *Desert Storm* no logró derrocar a Sadam Hussein, dejando intacta a gran parte de su Guardia Republicana; la Operación *Allied Force* en realidad incentivó a Belgrado a acelerar su programa de depuración étnica en Kosovo; y la potencia aérea de la OTAN tuvo un impacto mínimo en las fuerzas desplegadas de Serbia.

Éstas son verdades de gran importancia, pero tal pareciera que a muchos políticos y defensores del poder aéreo no les interesan. Aquéllos que están contemplando el futuro del Ejército deben entender que el poder aéreo, aunque no sea decisivo, es un instrumento de la coerción diplomática —e incluso de la guerra— más atractivo que el comprometimiento de fuerzas terrestres, las cuales se perciben como especialmente vulnerables. El minimizar el riesgo —es decir, proteger a la fuerza— actualmente se prima sobre la eficacia militar. El síndro-

Vehículos destruidos por los iraquiés durante su retirada de Kuwait.

Fotos: Departamento de Defensa

Cuando Irak desafió los intereses concretos de Estados Unidos en el Golfo Pérsico hace una década, la Operación *Desert Storm* fue concebida y conducida dando la más alta prioridad a la necesidad de minimizar las bajas. Se empleó una inmensa ofensiva aérea por espacio de casi seis semanas, previo al despliegue de fuerzas terrestres estadounidenses contra un Ejército iraquí que, al comienzo de la campaña terrestre, ya se encontraba derrotado en Kuwait. El resultado: sólo murieron 146 de los 500.000 militares estadounidenses comprometidos.

me de Vietnam está aún floreciendo, y los 78 días espectaculares de acción durante la Operación *Allied Force* sin que fuera muerto en combate ni un sólo aviador estadounidense o aliado, continuarán hechizando a los presidentes del futuro, en su afán por emplear a la fuerza sin que ello implique ningún riesgo evidente.

Los planificadores del Ejército no encontrarán gran consuelo en el hecho de que todas las Fuerzas Armadas han sufrido bajas en las guerras anteriormente libradas por Estados Unidos en el transcurso del siglo XX, y que los políticos exageran la aversión del público a la posibilidad de sufrir bajas; pues la Casa Blanca y el Congreso han demostrado una aversión permanente a toda posibilidad de sufrir bajas en combate, al menos hasta el momento en que este país enfrente una amenaza directa y contundente a su propia seguridad.

La Operación *Allied Force* debería inquietar al Ejército, debido no sólo a que dicha operación proyectó la imagen del poder aéreo como si fuera la alternativa segura y relativamente incruenta al despliegue de elementos terrestres inevitablemente numerosos. ¿Por qué planificamos librar la llamada Batalla Aero-Terrestre, si es que los pilotos y los lanzadores de misiles son capaces de cumplir la misión sin el apoyo de los soldados en el terreno? Tal pareciera que resulta posible conducir una guerra ideal sin bajas, o con mínimas bajas, a través de la combinación de proyectiles de precisión lanzados desde posiciones remotas con la ausencia de un enemigo estratégico capaz de presentar una amenaza creíble. No existe en ninguna parte del mundo una fuerza capaz de resistir el poder aéreo norteamericano, y pocos son los lugares —como la península coreana— donde los elementos estadounidenses desplegados en el terreno podrían enfrentar una amenaza creíble. Sin embargo, incluso en el caso de Corea, la derrota de un ataque norcoreano recaería principalmente en la utilización de los medios aéreos estadounidenses y de las fuerzas terrestres *surcoreanas*. En efecto, en el transcurso de las dos décadas pasadas el balance militar en la referida península ha cambiado en forma tan decisiva y tan irrevocable contra Corea del Norte, que una guerra sería un efectivo acto de suicidio para el régimen en Pyongyang (siendo ésta una alternativa que los líderes norcoreanos quizás seleccionen antes de aceptar los términos de

La contribución marginal del Ejército en la guerra contra Serbia no sólo se puede atribuir al desgano político demostrado por la Casa Blanca de comprometer a fuerzas terrestres en combate, actitud que fue fuertemente respaldada por el Ejército. También cabe acotar que el Ejército permanece intelectual y estructuralmente atascado en el ambiente de planeamiento prevaleciente durante la Guerra Fría, por cuanto sigue preparándose para una guerra convencional de gran envergadura y de alta intensidad, a librarse contra adversarios igualmente preparados y equipados, a pesar de la ausencia de tales enemigos en el presente ambiente global. Resulta evidente que el Ejército no se ha beneficiado a sí mismo ni ha servido a los intereses nacionales, con su insistencia en aferrarse a las doctrinas de Weinberger y Powell, las cuales son efectivas recetas para la parálisis estratégica.

reunificación impuestos por Corea del Sur).

Si bien los planificadores de la Operación *Allied Force* rechazaron la opción de librar un combate terrestre, tal decisión puso de relieve la debilidad intelectual y estructural del Ejército existente en el ámbito de la seguridad internacional en la época de Posguerra Fría. La historia deprimente de los 24 helicópteros *Apache* da testimonio, en parte, del continuo recelo profesional nacido de la experiencia dolorosa del Ejército en Vietnam y reforzado por la adopción de las doctrinas ya poco pertinentes de Weinberger y Powell, respecto al empleo de la fuerza. Los líderes del Ejército no querían vérselas con una operación que ellos percibían erróneamente —por más predecible que fuera su reacción— como un Vietnam potencial en los Balcanes. Insisto en lo erróneo de esta percepción porque debería haberles sido obvio que su temor era completamente infundado, debido tanto al Ejército diminuto, mal equipado y carente de experiencia profesional de Serbia como al completo aislamiento político y militar de Belgrado; esto, en contraste con la excelente potencia de combate de los comunistas vietnamitas, que contaban con el apoyo político y material irrestricto de la Unión Soviética y China. Serbia optó por cesar las hostilidades después de aguantar menos de tres meses de bombardeos, inicialmente ineficaces, de la OTAN; mientras que las fuerzas comunistas en Vietnam finalmente triunfaron en una guerra de ocho años de duración contra más de 500.000 tropas estadounidenses y bajo el peso de tres veces más toneladas de bombas que el total de las bombas lanzadas por todas las fuerzas Aliadas durante la II Guerra Mundial.

El Ejército se demoró en contestar la petición del Comando Aliado Supremo en Europa (*SACEUR*) por el despliegue de los *Apache*; los helicópteros finalmente se desplegaron lentamente y con un contingente pesado de 5.000 tropas de apoyo, incluyendo fuerzas de defensa terrestre y unas baterías del Sistema de Lanzamiento de Múltiples Cohetes (*Multiple Launch Rocket System; MLRS*), con la función de neutralizar cualquier ataque de artillería que lanzaran los serbios contra los *Apache*. Además, la eficacia potencial de los *Apache* contra las fuerzas serbias comprometidas fue problemática, comparada con la de los aviones *A-10* de la Fuerza Aérea y la de los aviones *Tornado* y *Harrier* de la Real Fuerza Aérea; y el Ejército se mostró poco dispuesto a entregar el control de sus *Apache* a aquéllos encargados de la conducción de la campaña aérea.[2] Tampoco podían los *Apache* someterse a la prueba de conducir operaciones ofensivas desde una altura mínima de 15.000 pies, sin poner en peligro a la tripulación de la aeronave. Sumado a ello, parece que las tripulaciones de los *Apache* no habían recibido el entrenamiento suficiente para conducir operaciones nocturnas.

En efecto, nunca se dilucidó el por qué se desplegaron estos helicópteros ni tampoco se sabe si o no se los habría empleado si no se hubieran desplegado elementos de la infantería estadounidense en el terreno. Irónicamente, el Ejército sufrió las dos únicas bajas en tripulaciones aéreas de la guerra, cuando dos helicópteros *Apache* chocaron durante la conducción de vuelos de entrenamiento en Albania.

La contribución marginal del Ejército en la guerra contra Serbia no sólo se puede atribuir al desgano político demostrado por la Casa Blanca de comprometer a fuerzas terrestres en combate, actitud que fue fuertemente respaldada por el Ejército. También cabe acotar que el Ejército permanece intelectual y estructuralmente atascado en el ambiente de planeamiento prevaleciente durante la Guerra Fría, por cuanto sigue preparándose para una guerra convencional de gran envergadura y de alta intensidad, a librarse contra adversarios igualmente preparados y equipados, a pesar de la ausencia de tales enemigos en el presente ambiente global. Resulta evidente que el Ejército no se ha beneficiado a sí mismo ni ha servido a los intereses nacionales, con su insistencia en aferrarse a las doctrinas de Weinberger y Powell, las cuales son efectivas recetas para la parálisis estratégica. La decisión de recurrir a la fuerza es de incumbencia del

Un helicóptero de ataque *Apache AH-64*, del Ejército de EE.UU., se emplea en el ejercicio *Iron Horse* realizado en Bosnia en septiembre de 1998.

El Ejército se mostró poco dispuesto a entregar el control de sus *Apache* a aquéllos encargados de la conducción de la campaña aérea. Tampoco podían los *Apache* someterse a la prueba de conducir operaciones ofensivas desde una altura mínima de 15.000 pies, sin poner en peligro a la tripulación de la aeronave. Sumado a ello, parece que las tripulaciones de los *Apache* no habían recibido el entrenamiento suficiente para conducir operaciones nocturnas.

presidente, no de los generales, y los presidentes de la Posguerra Fría han demostrado una mayor propensión a emplear la fuerza que sus antecesores. Es más, aún cuando fuera posible superar los desafíos planteados por la preponderancia en ambas doctrinas de términos mal definidos para describir las condiciones que deben imperar previo al uso de la fuerza —tales como "intereses vitales", "apoyo público y del Congreso", "último recurso", y "fuerza abrumadora"— la guía para el empleo de la fuerza plasmada por Weinberger y Powell, sería útil en aquellos casos en los cuales Estados Unidos enfrentara la posibilidad de una guerra de mayor magnitud y potencialmente prolongada, contra otro Estado. Dicha doctrina no tiene pertinencia en la actualidad donde por norma se suceden guerras de menor escala libradas en la periferia de los intereses centrales a la seguridad estadounidense, ni se aplica dicha norma en la coerción diplomática mediante el empleo de la fuerza ni tampoco en la amenaza con recurrir al empleo de la fuerza.

En cierta medida, el Ejército aún se encuentra condenado tras su experiencia en Vietnam, a pesar de que dicha experiencia nunca podrá ser repetida. La misma memoria de esa guerra constituye el mayor impedimento a que se repita, y aunque así no fuera, no se encuentra en la actualidad ningún Vietnam al acecho de Estados Unidos en algún rincón del mundo. ¿Qué adversario potencial del mundo en vías de desarrollo es capaz de reunir una potencia de combate como aquélla demostrada por los comunistas vietnamitas en la década de los años 60?

De hecho, la desaparición de la Unión Soviética no sólo eliminó el mayor líder militar de los principales adversarios de Estados Unidos en el mundo en vías de desarrollo, sino que también hizo desvanecer el raciocinio tradicional de un Ejército estadounidense contundente: por ejemplo, la posibilidad de que Estados Unidos se viera comprometido en una guerra entre las grandes potencias en el continente europeo. Históricamente no existe otro escenario capaz de justificar el mantenimiento de un Ejército mayor que el necesario para cumplir misiones de expansión continental y defensa de la patria en América del Norte. Estados Unidos evitó toda intervención militar en la política europea hasta el año 1917, y después de su breve participación en la I Guerra Mundial se encaminó a otras dos décadas de aislamiento. Y sólo fue cuando la Alemania Nazi y, posteriormente, la Unión Soviética amenazaron con desequilibrar el

balance del poder en Europa que Estados Unidos respondió, desplegando grandes fuerzas terrestres para combatir en el continente europeo.

Empero el conflicto entre grandes potencias ha desaparecido en Europa. Con una sola excepción, todos los antiguos rivales militares regionales se encuentran, en la actualidad, ligados en una alianza indefinida, y el poder terrestre y posición estratégica militar de Rusia permanecerán desarticulados en el futuro previsible. En el ámbito militar, Estados Unidos domina a la OTAN, alianza que, a su vez, domina a toda Europa. Ya no existe ninguna potencia opositora como contrapeso a dicha alianza en el continente.

Estas realidades no imposibilitan que estalle una guerra. Los Balcanes siguen siendo, a fin de cuentas, los Balcanes, y Rusia en algún momento puede intentar recuperar algunas de las repúblicas que anteriormente dominaba. Sin embargo, resulta difícil imaginar una defensa estadounidense de las repúblicas independizadas escindidas de la Unión Soviética a menos que las mismas logren integrarse en la OTAN, situación que parece altamente inverosímil en el futuro previsible.

El balance del poder militar en Asia se ha mantenido sin el compromiso de grandes fuerzas terrestres de Estados Unidos en el terreno continental. El poder aéreo y anfibio de Estados Unidos logró derrotar al imperio japonés, y siempre que el Japón de posguerra y otros componentes claves insulares y peninsulares de Asia Oriental se mantengan en la órbita de seguridad de Estados Unidos, no hay ninguna potencia hegemónica continental capaz de dominar la región. La decisión de defender a Corea del Sur en el año 1950 fue, en realidad, una decisión de defender a Japón, y la decisión de intervenir en la Guerra de Vietnam 15 años después fue simplemente un horrendo error estratégico.

Tampoco es lógico pronosticar la necesidad de mantener a grandes fuerzas del Ejército, basándose en el surgimiento hipotético de China como el nuevo rival estratégico de Estados Unidos en los próximos 20 a 50 años. Esta misma hipótesis presume la coincidencia de *todos* los factores siguientes: la presencia de ambiciones imperiales de China más allá de la región, no obstante la ausencia de todo fundamento histórico de tal suposición; renovadas tasas en dos cifras del crecimiento anual del Producto Bruto Interno de China, las cuales desaparecieron hace más de tres años; la conservación de la autocracia en Beijing, no obstante la revolución en las informaciones, el surgimiento de una clase media, y la aumentada corrupción material de la élite comunista; y la capacidad de cualquier gobierno nacional en China para acomodar los cambios revolucionarios que han ocurrido en las esferas económica y social. Quienes vean a China como la nueva Unión Soviética sencillamente le hacen caso omiso a la dependencia crítica de China en la economía capitalista global. A diferencia de la Unión Soviética, la China de la época posterior a Mao no ha pretendido lograr la autarquía económica, sino que se ha afanado por integrarse en el orden económico internacional. Su dependencia de mercados externos es mucho más alta que la de la Unión Soviética, y se ha beneficiado de un gran desequilibrio comercial con Estados Unidos. El interés chino en el comercio internacional se pondría el peligro en caso de producirse cualquier confrontación con Estados Unidos y sus aliados en Asia Oriental. Es más, en la medida que choquen los intereses de seguridad de China con los de Estados Unidos, los problemas se manifestarán sobre cuestiones de acceso a las vías marítimas —a saber, el Estrecho de Taiwán, el Mar de la China Meridional y el Mar de Japón— por lo cual se les imposibilitará a los chinos suprimir los intereses estadounidenses en Asia Oriental sin primero neutralizar sus medios aéreos y marítimos, elementos éstos que son los más deficientes en las Fuerzas Armadas chinas. En suma, no existe ninguna razón previsible por la que Estados Unidos deba comprometer a su Ejército contra el Ejército de Liberación Popular.

¿Qué se dice respecto a la posibilidad de surgir otra guerra como la de Corea o bien como la Guerra del Golfo Pérsico, situación que podría requerir el empeñamiento de elementos substanciales del Ejército? Desde luego, no es posible descartar la posibilidad que estalle otra guerra en Corea mientras perdure el régimen actual en Pyongyang. Sin embargo la disuasión ha prevalecido en la península coreana por espacio de 46 años y, así como anteriormente se mencionó, el equilibrio militar ha cambiado en forma decisiva contra el Norte, al mismo tiempo que el Ejército de Corea del Sur ha asumido casi toda la responsabilidad de la defensa terrestre de la República de Corea.

En el Golfo Pérsico, los adversarios de Estados Unidos ya no presentan una amenaza militar convincente. Las fuerzas terrestres iraquíes aún no han salido de la parálisis sufrida tras su derrota en la Operación *Desert Storm* y acentuada luego de una década de embargos armamentistas y sanciones económicas. Las fuerzas militares convencionales de Irán, las que en el pasado eran tan impresionantes, han languidecido producto de la revolución y de los ocho años subsiguientes de guerra contra Irak; en todo caso, la posición geográfica de Irán le impide el acceso por tierra a la Península Arábiga. En efecto, el planteo común de que Irán será el próximo agresor regional en el Golfo desconoce el enfriamiento lento pero inexorable del fervor revolucionario en Irán y el florecimiento de nuevas instituciones democráticas en dicho país, al mismo tiempo que ignora los intereses estratégicos compartidos de Irán y Estados Unidos, incluyendo la contención del Irak de Sadam Hussein, la libertad de navegación a través del Estrecho de Ormuz, y

Ésta es una fotografía aérea de las operaciones de desembarco en Okinawa.

El poder aéreo y anfibio de Estados Unidos logró derrotar al imperio japonés, y siempre que el Japón de posguerra y otros componentes claves insulares y peninsulares de Asia Oriental se mantengan en la órbita de seguridad de Estados Unidos, no hay ninguna potencia hegemónica continental capaz de dominar la región. La decisión de defender a Corea del Sur en el año 1950 fue, en realidad, una decisión de defender a Japón, y la decisión de intervenir en la Guerra de Vietnam 15 años después fue simplemente un horrendo error estratégico.

la protección de las poblaciones musulmanas de la ex Yugoslavia contra la depuración étnica. No cabe duda de que la teocracia iraní no es una fuerza desgastada, ni tampoco es probable que Irán renueve su asociación estratégica prerrevolucionaria con Estados Unidos.

Una apreciación realizada en el año 1998 por el Instituto de Estudios Estratégicos Nacionales, en la Universidad Nacional de Defensa, concluyó que los estados delincuentes "enfrentan la casi seguridad de una derrota inevitable" en caso de una guerra contra Estados Unidos. "Por un amplio margen, su mejor estrategia será la de evitar una guerra contra Estados Unidos. Por esta razón", según consta en el informe, "aunque el Golfo Pérsico y Corea aún son lugares peligrosos, parece poco probable que en ellos estalle otra guerra contra Estados Unidos."[3]

El mundo de la Posguerra Fría es marcado preeminentemente por conflictos *internos* librados con armas de *baja tecnología*, antes que guerras entre estados dotados de armas de alta tecnología. En la segunda mitad del siglo se disminuyeron el alcance y la frecuencia de las guerras en gran escala libradas entre varios estados, pues tales conflictos han sido reemplazados por brotes de violencia de menor intensidad dentro de un estado determinado, producto de la desintegración de la autoridad colonial europea y, posteriormente, de la Europa Oriental comunista. Es importante recordar que en el contexto más amplio de la historia, el estado es en sí una invención europea relativamente nueva, y que las sociedades en todas partes del mundo están recurriendo cada vez con más frecuencia a las instituciones políticas supranacionales y subnacionales como medio para satisfacer sus necesidades sociales y económicas. Los grandes conflictos entre grandes potencias, así como los describió Clausewitz, han sido sustituidos por guerras de menor envergadura y mayor complejidad política, muchas veces libradas por fuerzas irregulares dentro de estados fracasados. El control de tales situaciones

ya consume más tiempo y más fuerzas de los que serían requeridos si tuviéramos que prepararnos para librar otra guerra como la de Corea o del Golfo Pérsico.

La demostrada supremacía estadounidense en cuanto a la fuerza militar convencional ha estimulado a nuestros adversarios a buscar armas y estrategias supraconvencionales y subconvencionales eficaces. La ventaja que posee Estados Unidos en las tecnologías de la llamada "Revolución en Asuntos Militares" es insuperable porque no existe otra nación capaz de pagar el costo de competir. Ni siquiera la Unión Soviética, cuyo presupuesto de defensa consumía entre el 30 y el 35 por ciento de su producto bruto interno, pudo seguir costeando sus programas de defensa. Esto significa que el dominio de la Revolución en Asuntos Militares se traduce en el dominio en una guerra que probablemente nunca se libre (aunque en la medida que facilita el entendimiento de la situación, la Revolución en Asuntos Militares será beneficiosa en cualquier nivel de combate); incuestionablemente la Guerra del Golfo Pérsico resaltó la inutilidad de los esfuerzos realizados por los países del mundo en vías de desarrollo por superar a Occidente en el tipo de guerra preferido por éste.

Al mismo tiempo, las fuerzas militares estadounidenses han perdido el acceso casi irrestricto que antes tenían a las bases militares en los países en vías de desarrollo durante tiempo de paz, pues tal acceso —anteriormente garantizado por los dirigentes políticos— ya es episódico, por lo cual predominan las fuerzas expedicionarias en la actual estructura de defensa. Esta circunstancia ha resultado en la reducción notoria de las bases y de las fuerzas estadounidenses en ultramar, obligando al Pentágono a luchar o conducir operaciones militares de no guerra en lugares primitivos en cuanto a logística (tales como Somalia, Rwanda y Albania).

Yo no quiero sugerir que Estados Unidos nunca más tenga que comprometerse en una guerra convencional de mayor envergadura. La historia está repleta de sorpresas en lo concerniente a la agresión y la guerra, y los planificadores necesariamente deben mantener una actitud cautelosa y conservadora. Tanto la Guerra de Corea como la del Golfo Pérsico, si no la II Guerra Mundial y la Guerra de Vietnam, fueron sorpresas. Quisiera insistir más bien en la necesidad de tomar plena conciencia de que nos encontramos actualmente en medio de un cambio fundamental en la estructura del sistema político internacional, el cual está produciendo cada vez menos guerras internacionales y cada vez más conflictos internos.

Empero el Ejército, no obstante los cambios radicales del ambiente de seguridad internacional, permanece estructurado primordialmente para librar una gran guerra convencional en Europa. Aunque se ha reducido en aproximadamente 300.000 efectivos desde el año 1989, el Ejército sigue organizándose en diez divisiones logística y burocráticamente complicadas, seis de las cuales son divisiones pesadas entrenadas y equipadas para un combate contra un adversario igualmente configurado, dotado de modernos tanques y vehículos blindados de combate. No existe ningún sustituto para una fuerza pesada contra un enemigo pesado; sin embargo las fuerzas pesadas no se pueden desplegar rápidamente desde Estados Unidos, enfrentan limitaciones impuestas por el terreno, tienen reducida utilidad en guerras pequeñas contra adversarios irregulares, y son poco aptas para las operaciones de mantenimiento e imposición de la paz. Además no existe ningún ejército potencialmente hostil en el mundo que pueda igualar la calidad tecnológica y del personal del Ejército estadounidense. El Ejército iraquí quedó diezmado por la potencia aérea de Estados Unidos; los tanques del Ejército iraní son antigüedades que servirán mejor en un museo histórico que en combate; el Ejército ruso sigue siendo una farsa tras el desastre de Chechenia; el Ejército de Corea del Norte es tecnológicamente primitivo y carece de la capacidad de resistir; y nadie en el Pentágono está planificando una guerra terrestre contra los chinos.

Claro está, que el Ejército está modificando sus divisiones pesadas, haciendo que sean un poco más livianas al quitarle una decena de tanques o de vehículos blindados a cada batallón. También se ha mostrado dispuesto a crear una nueva fuerza de ataque capaz de desplegarse rápidamente. Pero el Ejército no está considerando ninguna reorganización fundamental, tal como la decisión de reemplazar las divisiones con grupos de combate más pequeños y con mayor movilidad estratégica. Tampoco está planificando ningún cambio de su estructura fundamental, tal como la posible inversión de la actual proporción de fuerzas pesadas y fuerzas ligeras y la creación de unidades entrenadas y equipadas específicamente para conducir operaciones de paz. En efecto, el mismo argumento utilizado por la creación de las fuerzas especializadas en la conducción de operaciones especiales, es igualmente convincente en el caso de fuerzas especializadas en la conducción de operaciones de pa). De hecho, las prioridades principales para el futuro, identificadas por el Ejército, consideran alcanzar el "predominio informacional" a través de la digitalización y mantener su actual nivel de "superioridad de combate" relativa a sus enemigos potenciales a través de la adquisición de nuevos sistemas, tales como el helicóptero *Comanche* de reconocimiento y ataque, el obús *Crusader*, y el sistema de misiles antibalísticos de Defensa de la Zona de Gran Altura del Teatro (*Theater High Altitude Area Defense –THAAD*). Su visión del futuro incluye un campo de batalla digitalizado para el "Ejército después del Próximo", en

el cual cada soldado dispondrá de información sobre el campo de combate, representada en una computadora en tiempo real.

La preservación de la supremacía cualitativa de Estados Unidos en cuanto a sus medios convencionales terrestres, marítimos y aéreos resulta esencial, aunque su importancia resida solamente en su poder disuasivo. Pero es precisamente porque dicha supremacía incentiva a nuestros adversarios a recurrir a estrategias y armas asimétricas y no convencionales, que las Fuerzas Armadas deben prestar la atención suficiente —en los ámbitos intelectual, presupuestario y estructural— a los retos planteados por las contingencias de menor escala. El Ejército ha dejado de hacer esto.

Pero esto es exactamente lo que el Ejército debe hacer. La cuestión no es si el país necesita o no un Ejército en la época de Posguerra Fría: sí que lo necesita. La cuestión es más bien si Estados Unidos necesita un Ejército que sea más pequeño que el Ejército actual y, a la vez, más especializado para la conducción de las operaciones de contingencia en menor escala: a mi juicio la respuesta es afirmativa.

Tanto el ex Jefe de Estado Mayor del Ejército, Dennis Reimer, como su sucesor, Eric Shinseki, recientemente han confesado que el Ejército estaba poco preparado para desplegar en Kosovo en forma oportuna. El general Shinseki ha dado inicio a un plan concebido para hacer que las divisiones pesadas del Ejército sean más móviles, y que las divisiones ligeras sean más mortíferas, y el general Reimer ha confirmado que los líderes conservadores del Ejército, aún deslumbrados por la brillantez de la Guerra del Golfo Pérsico, recientemente rechazaron las peticiones sometidas por los oficiales más jóvenes, para que se efectuaran reformas radicales como aquéllas propuestas por el coronel Douglas Magregor en su obra de 1997, *Breaking the Phalanx: A New Design for Landpower in the 21st Century* (Rompiendo la falange: Un nuevo diseño para el poder terrestre en el siglo XXI).[4] Las referidas reformas, incluyendo la desintegración de las diez divisiones del Ejército para configurar decenas de grupos de combate más pequeños y más móviles, vislumbran un ejército en el cual la maniobra prima sobre la potencia del fuego.

El hacer pequeños ajustes en la periferia doctrinaria, organizacional y estructural del Ejército no nos permite cumplir con las exigencias del mundo de Posguerra Fría. Los profundos cambios en la política internacional, más que la innovación tecnológica, están determinando la naturaleza del ambiente en el que Estados Unidos tendrá que emplear la fuerza. Y aunque la Revolución en Asuntos Militares constituyera la fuerza motriz del cambio, sería un error ingenuo y peligroso, según el argumento brillantemente plasmado por Barry Watts, creer que la revolución tecnológica pudiera eliminar la fricción "clausewitziana" en la guerra del futuro.[5]

En fin, los debates sobre las fuerzas pesadas contra las ligeras, y las unidades multifuncionales contra aquéllas especializadas en una sola contingencia, no son en absoluto nuevos en el Ejército, y casi siempre se sujetan a la fuerte influencia de las realidades presupuestarias. Las opciones organizacionales y estructurales en el marco del presupuesto militar existente serán más limitadas de lo que serían si al Ejército se le concedieran más recursos. Algunos observadores han llegado a la conclusión —muy acertada, a mi modo de ver— que las reducciones de las fuerzas durante la Posguerra Fría, por lo menos en el Ejército y en la Fuerza Aérea, han sido excesivas en relación con las demandas operacionales, mayormente imprevistas, que se le han impuesto durante el mismo período. Lógicamente, si el Ejército en actividad recibiera los medios requeridos para expandirse hasta quedar con, por ejemplo, 12 divisiones (o los medios equivalentes en unidades subordinadas), tendría la posibilidad de mantener su actual inversión en fuerzas pesadas, las cuales son esenciales debido no sólo a su función de disuasión convencional sino que también constituyen la única defensa adecuada en el caso eventual de que fracase la disuasión. Al mismo tiempo podría aumentar la inversión en fuerzas más livianas y más especializadas, cuya importancia ha aumentado vertiginosamente desde la disolución de la Unión Soviética. ***MR***

NOTAS

1. Se debe acotar que casi todos los países miembros de la OTAN se opusieron al empleo de tropas terrestres.
2. Ver Bryan Bender, "Flight Delay", *The New Republic*, 10 de mayo de 1999, págs. 14-17; Michael R. Gordon con Eric Schmitt, "Attack Helicopters Idle as Pentagon Blocks Their Use in Kosovo", *The New York Times*, 16 de abril de 1999; y A. Craig Copetas, "Apache Copters Inspire Awe in Balkans But They May Be the Wrong Birds for Job", *The Wall Street Journal*, 20 de abril de 1999.
3. Strategic Assessment 1998, *Engaging Power for Peace* (Washington: Instituto de Estudios Estratégicos Nacionales, Universidad Nacional de Defensa, 1998), pág. 150.
4. Ver Thomas E. Ricks, "Why the U.S. Army is Ill-Equipped to Move into Kosovo Quickly", *The Wall Street Journal*, 16 de abril de 1999; también, Eric Schmitt, "New Army Chief Seeks Both Agility and Power", *The New York Times*, 24 de junio de 1989.
5. Barry D. Watts, "Clausewitzian Friction and Future War", Papel McNair Nro. 52 (Washington: Instituto de Estudios Estratégicos Nacionales, Universidad de Defensa Nacional, 1996).

Jeffrey Record es un ex integrante profesional del Comité del Senado para Asuntos de los Servicios Armados y autor de los libros, The Wrong War: Why We Lost in Vietnam*; y* Serbia and Vietnam, A Preliminary Comparison of U.S. Decisions to use Force*. Es un colaborador frecuente con la revista* Parameters.